
LA LEYENDA DEL RIO DE LAS AMAZONAS Y LA EXPEDICION RUSA DEL BARON DE LANGSDORFF (1825-1828)

CARLOS E. CHARDON
Director del Instituto Agrícola Nacional.
San Cristóbal, República Dominicana.

El descubrimiento del Amazonas, el Rey de los Ríos, que con sus tributarios constituye la cuenca hidrográfica más grande del mundo, se encuentra envuelto en leyendas que originaron su nombre, Amazonas, a base de crónicas que entusiasmaron la fantasía de la época, pero cuya veracidad no ha podido comprobar posteriormente la historia.

Cuando Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador del Perú, fue nombrado para el gobierno de Quito, prontamente organizó una expedición a la región de Canelos, más allá de la cual, según decían, se encontraba la sierra de las especierías y la fabulosa región de El Dorado (7). La expedición, dirigida por el codicioso Gonzalo, partió a principios de 1540 con trescientos cincuenta españoles y más de cuatro mil indígenas. Después de muchas privaciones, enfermedades y sufrimientos, en medio de selvas impenetrables nunca holladas por la planta del hombre blanco, reducidos los expedicionarios a la mitad de sus efectivos, se encontró Gonzalo en el río Napo en situación desesperada. En consecuencia, resolvió hacer una balsa y tripularla con cincuenta hombres decididos al mando de Francisco de Orellana que debían seguir el curso del río en busca de abastecimientos y regresar a salvar a sus compañeros.

Desapareció Orellana dejándose arrastrar por la corriente y a los tres días desembocó en un gran río, cuyo curso siguió por varios meses hasta salir al mar Atlántico. La traición de Orellana, al dejar abandonados a sus compañeros, apartándose de las instrucciones precisas que había recibido de Gonzalo Pizarro, tan criticable éticamente, le convirtió sin embargo en el descubrimiento del más grande de los ríos.*

* Gonzalo Pizarro, después de esperar en vano a su compañero, Orellana, emprendió su viaje de regreso con miles de dificultades y llegó a Quito en junio de 1542, con ochenta hombres famélicos y harapientos, verdaderos espectros de la famosa expedición que dos años antes había salido con estandartes desplegados en busca de las especierías y los tesoros de El Dorado.

Al pasar Orellana y sus compañeros por la boca del río Nhamondas o Cumuriz, en el bajo Amazonas, fue atacado por los indios, y entre los asaltantes se encontraban varias mujeres, Fray Gaspar de Carvajal, cronista de la expedición, es citado por Oviedo en su *Historia General y Natural de las indias* en la forma siguiente en relación con el incidente arriba mencionado:

“Aquí se vieron indias con arcos e flechas que hacian tanta guerra como indios, para que peleasen; e aun, cuando ellas querian, daban palos con los arcos e flechas a los que huian, e hacian el oficio de capitanes mandado a aquella gente que peleasen, e ponianse delante e detenian a otros para que tuviesen firmes en la batalla, la cual se trabó muy recientemente: ...E porque este ejercicio es tan apartado de las mujeres, como el sexo femenino requiere, e podrá parecer gran novedad al letor que viere esta mi relación, digo, para mi descargo, que yo hablo lo que vi; e lo que pudimos entender e se tuvo por cierto, es que aquellas mujeres, que allí peleaban como amazonas, son aquellas de quien en muchas e diversas relaciones, mucho tiempo ha que anda una fama extendida en estas Indias o partes, de muchas formas destacada, del hecho destas belicosas mujeres... Son altas e de gran estatura, desnudas, con una pequeña braga que solamente traian delante de sus mas vergonzosas partes; pero en paz andaban vestidas de mantas e telas de algodón, delgadas y muy gentiles”. (6)

Al regresar Orellana y los suyos a España, el curioso incidente corrió de boca en boca y se aumentó en tal forma que la imaginación popular inventó la existencias de tribus enteras de mujeres guerreras, lo cual determinó que el gran río descubierto por Orellana fuese bautizado con el nombre del Río de las Amazonas.

El cronista versificador Juan de Castellanos, quien habló con Orellana y Alonso Esteban, cuenta simplemente

que en la lucha ribereña una india peleó denodadamente contra los españoles, y añade a continuación, a guisa de comentario:

“De aquí sacó después sus invenciones
el capitán Francisco de Orellana
para llamarle río de Amazonas
por ver esa con dardos y macana,
sin otros fundamentos y razones
para creer novela tan liviana;
pues hay entre cristianos y gentiles
ejemplos de mujeres varoniles”. (1)

Herrera expresa en sus *Décadas* la misma duda con respecto a la narración de Carvajal cuando dice: “Esto de las amazonas lo refiero, como lo hallé en los memoriales de esta jornada, reservando el crédito al albedrío de cada uno; pues no hallo para ser a estas mujeres amazonas sino el nombre que estos castellanos las quisieron dar”. (3). López de Gómara pasa de la duda a la crítica cáustica y dice al referirse al mismo pasaje: “Entre los disparates que dijo (se refería a Carvajal), fue afirmar que había en este río amazonas con quienes él y sus compañeros peleaban... Otros, sin Orellana, han levantado semejante hablilla de amazonas, después que se descubrieron las Indias, y nunca tal se ha visto ni se verá tampoco en este río. (2).

Sin embargo, no faltaron personas de alto relieve que dieran crédito a la fábula de las amazonas. El Padre Acuña, influido por el ambiente de la selva tropical que despertó en él el anhelo de lo maravilloso, el alemán Ulderico Schmidel, el capitán Antonio Berrío y el célebre Sir Walter Raleigh acogieron la noticia con gran credulidad. Todos ellos y muchos otros creyeron en la existencia de las amazonas sin haberlas visto, por referencias de los aborígenes. El más decidido sostenedor de la leyenda amazónica, el Padre Acuña, dice en sus *Relaciones*: (8).

“Sólo echo mano de lo que oí con mis oídos y con cuidado averigüé desde que pusimos los pies en este río; en que no hay generalmente cosa más común y que nadie la ignora que decir habitan en él estas mujeres; dando señas tan particulares, que, conviniendo todas en unas mismas, no es creíble se pudiese una mentira haber enablado en tantas lenguas y en tantas naciones con tantos colores de verdad”. Termina diciendo Acuña que “sería faltar a la fe humana no darles crédito”.

La controversia sobre las amazonas continuó por mucho tiempo y estaba ya por darse por terminada, por fabulosa y legendaria, cuando el testimonio del sabio francés Carlos María de la Condamine vino a darle nuevo ímpetu. Se trataba del testimonio de una personalidad científica de fama, quien defendía ante la Academia de Ciencias de París la existencia de las famosas amazonas. El relato del sabio francés es sumamente interesante. (4). Menciona cómo en 1774, a su regreso de Quito, al pasar por la misión de San Thomé siguiendo el curso del gran río, se encontró con un sargento mayor de artillería, quien le informó que su abuelo había visto estas guerreras. El militar hizo una relación de sus costumbres según su abuelo. Las amazonas, salvajes y modestas, decía, repelían a todos los que solicitaban de sus favores, pero una vez al año se ablandaban a los *Guacaris* y en esta forma se procreaba la tribu, poniendo mucho cuidado en matar a todos los hijos varones.

La Condamine sacó gran partido de esta historia, pero los sabios de Europa, entre esta maravillosa versión y la duda, se inclinaron naturalmente hacia esta última. Como pasaban los años y los viajeros del gran río no volvieron a encontrar las guerreras de Orellana, la explicación que se dio y que el maravillado público se vio precisado a aceptar fue no menos ingeniosa que la crónica que dio viso de verdad al comienzo de la leyenda. Se dijo, entonces, que las amazonas habían subido el río Nhamondas hasta el Cayambe, desapareciendo; otros, que habían ascendido por el Trombetas a regiones vírgenes e inexploradas, huyendo de los hombres blancos, y así terminó la leyenda que dio nombre al más grande de los ríos.

*

* * *

Entre las expediciones científicas hechas al Brasil durante el primer tercio del siglo XIX, la más pintoresca, sin duda alguna, y la de final más desastroso, fue la organizada en 1825 por el Zar Alejandro I de Rusia y confiada al activo Barón de Langsdorff, hombre de reputación que había efectuado pocos años antes una exploración a los Montes Urales.

Los antecedentes de este célebre científico eran por demás brillantes. Jorge Enrique de Langsdorff era alemán, nacido en Suabia en 1774, aunque algunos biógrafos dan como lugar de su nacimiento a Friburgo de Brisgau. Se graduó de Doctor en Medicina en 1797 en la Universidad de Gotinga. Ese mismo año fue a Portugal acompañando al Príncipe de Waldeck, donde tuvo ocasión de viajar por casi todo el país propagando la recién descubierta vacuna j Jenneriana y aprender a perfección la lengua portuguesa. Ingresó luego en el servicio del Gobierno de Rusia, siendo muy bien acogido por Alejandro I. (5).

Cuando el almirante Juan de Krusenstein emprendió en 1803 el primer viaje de circunnavegación del globo de la marina rusa, embarcó a Langsdorff en calidad de naturalista, pasó por el Brasil, dobló por el Cabo de Hornos y, cruzando el Océano Pacífico, fue a parar hasta la península de Kamtchatka, en la Rusia asiática. Desde allí emprendió Langsdorff un largo viaje por sierra hasta San Petersburgo. Algunos años más tarde imprimió un libro que tituló *Relación de un Viaje alrededor del Mundo durante los años 1803 a 1807* (Francfort, 1813).

Langsdorff volvió al Brasil en 1813 como Cónsul general de Rusia ante el Príncipe Regente y vivió siete años en el país. Adquirió una propiedad agrícola llamada "Mandioca" en la Serra dos Orgaos, donde se hospedaron los más ilustres viajeros que visitaron el país. Debido a esto hay una iconografía abundante de esta propiedad.

Langsdorff era un botánico y entomólogo apasionado y dedicó mucho tiempo a coleccionar objetos de historia natural, sobre todo lepidópteros. En diciembre de 1816 partió con Saint Hilaire en dirección a Minas Geraes. En aquella época de su vida, dice el botánico francés, era un personaje exquisito; pero se vestía de un modo estrambótico. De vuelta a Europa en 1823 realizó Langsdorff un largo viaje a las montañas Urales, lo que vino a cimentar su fama de viajero distinguido. Ya para esa época habían aparecido dos libros más debidos a él: uno sobre las plantas recogidas en su viaje alrededor del mundo (en 1818): otro, una guía para las personas que quisieran establecerse en el Brasil (en 1820).

A instancias suyas, Alejandro de Rusia resolvió organizar y costear una gran expedición al Brasil con el objeto de estudiar su historia natural, y en 1825 Langsdorff fue designado como jefe de la empresa. Formaban parte de ésta personas notables en sus distintas especialidades: Luis Riedel, como botánico y luego gran colaborador de Martius; el reputado zoólogo Christian Hasse, el astrónomo Rubzoff y el notable pintor Mauricio Rugendas. Este último, a su llegada a Río, no pudo seguir y fue reemplazado por Amado Adriano Taunay, pintor francés, quien tomó como segundo diseñador a Hércules Florence. Rugendas fue luego autor de la famosa obra *Viaje de un Pintor al Brasil*; Florence se recuerda siempre como el eminente "patriarca de la iconografía paulista".

La expedición partió de Río de Janeiro bajo los mejores auspicios. Su itinerario era penetrar en el Matto Grosso, vía Porto Feliz y el estero de Moncoes, llegar a Cubayá y luego, de la capital del interior, pasar a Belén del Pará por el Tapajoz o el Amazonas. Al llegar a Porto Feliz, Hasse se enamoró perdidamente de una joven y se separó de la expedición para vivir con ella, suicidándose después por causas desconocidas. Langsdorff comenzó a mostrar desequilibrio mental y siguió la ruta escandalosa establecida por su compañero. Acompañado hasta el puerto por la mejor gente de la localidad y esperado en el margen del río Tieté por el cura que vino a saludarle vestido con su mejor indumentaria, Langsdorff llenó de asombro a los presentes al empeñarse en embarcar consigo, ante la estupefacción de sus anfitriones, a una mujer alemana de malas costumbres, a quien hizo subir la escalerilla que conducía a la popa del barco donde ondeaba el pabellón imperial de Rusia.

Adriano Taunay pereció ahogado en el Guaporé en febrero de 1828, víctima de su temeridad (*). El 1º de marzo Langsdorff, Rubsoff y Florence continuaron viaje hasta Santarem, donde los dos primeros fueron atacados por la malaria perniciosa, que ocasionó en el cerebro del jefe de la expedición la más desastrosa influencia. "Fue en éste lugar", escribió Florence, "donde manifestó el estado desastroso de las cosas más recientes y el transtorno completo de las ideas. Esta perturbación, de la cual nunca se restableció, nos obligó a ir a Pará y volvernos a Río de Janeiro, poniendo así término a un viaje cuyo plan antes de esa desgracia era vastísimo, pues debíamos subir el Amazonas, el Río Negro, el Branco, explorar hasta Caracas y las Guayanas y regresar a Río de Janeiro, atravesando las provincias orientales del Brasil" (9).

* El malogrado Adriano Taunay era hijo de Nicolás Antonio, barón de Taunay, miembro del Instituto de Francia y distinguido pintor, que vino al Brasil, con cinco hijos, en 1815, a raíz de los cambios políticos habidos en Francia después de Waterloo. Adriano tenía entonces doce años y ya se vislumbraban en él grandes prendas morales e intelectuales. En 1818 acompañó a Freycinet en el viaje de L'Uranie, pero con el naufragio de esta en la costa de las Malvinas, la tripulación se vio obligada a pasar un invierno muy crudo en estas inhospitalarias regiones casi desprovistas de vegetación y sustento. De regreso a Río, se dedicó el joven Taunay al estudio de las lenguas, la lectura de los clásicos y a la perfección de su arte. Al llegar Langsdorff se unió a la expedición con gran entusiasmo,

En el interior del Matto Grosso, Adriano Taunay, que se había adelantado al botánico Riedel, llegó al río Guaporé y en un arrebatado de impaciencia se lanzó a sus aguas para atravesarlo a nado, con tan mala fortuna que al llegar a la mitad le faltaron las fuerzas y pereció ahogado. (Véase la traducción de la obra de Hércules Florence, *Diario de Viagem, etc.*, Rev. Museu Paulista. t. XVI: 885-898, 1929).

Es dudoso, sin embargo, que aún sin la malaria que trastornó a Langsdorff, la expedición pudiera haber llevado a cabo tamaña empresa. Antes de contraer esta enfermedad, el científico alemán al servicio de Rusia daba frecuentes muestras de estar perdiendo el seso. En una ocasión, en plena selva, se puso a hacer piruetas frente a los salvajes, vestido de uniforme y espada, con el pecho lleno de condecoraciones. Maravillados los indios ante este despliegue de lujoso atavío, no sabían si se trataba de persona mortal o bajada del cielo. A tal extremo llegó esta escena que una india se adelantó entre ellos y preguntó si aquello era indumentaria o la misma piel del recién aparecido, y Langsdorff, que no resistía los caprichos del bello sexo, fuese este civilizado o no, se quitó su chaqueta y con ella vistió a la india, tomándola después muy ufano de su brazo y paseándola por entre medio de los grupos absortos de salvajes, quedando él en camiseta, pero con pantalón de gala, espadín y chambergo. Un espectáculo tan cómico recuerda a don Quijote de la Mancha si no fuera por el hecho de que el manchego respetaba en su locura al sexo débil. No fue así con el pintoresco jefe de la más pintoresca empresa que llevaron los rusos a país alguno. Acosada la india por los requiebros de Langsdorff, decidió dar por terminada la grotesca escena y disparóse corriendo al monte más cercano, seguida de todos, los que se deshacían en gritos salvajes, siendo el principal de sus seguidores Langsdorff, quien iba tras ella desesperado “vestido de gala, con la mayor y más grotesca furia”.

Desde su viaje a Santa Catharina en 1803, Langsdorff a través de sus escritos, indicaba un apasionamiento que con el decurso de los años se convirtió en vestíbulo hacia la demencia. Su lenguaje era ampuloso, a veces romántico en extremo, lleno de exageradas frases que no cuadraban bien a su papel de naturalista. En esto extremó nota mucho más allá de lo natural o lo prudente. Incurrió también en contradicciones inexplicables. Por ejemplo, en una parte de sus escritos se muestra violentamente en contra de la esclavitud “en nombre de los sentimientos civilizados de los europeos” y más adelante dice que con un pequeño capital para comprar dos o tres buenos esclavos se podía “vivir tranquilo y próspero” de los rendimientos de la tierra... y del sudor de los negros...

En cuanto a Langsdorff lo llevaron a Río de Janeiro y de allí lo embarcaron a Europa. Vivió en Friburgo sin haber recuperado la razón hasta su muerte que ocurrió el 29 de junio de 1852.

A pesar del fin desastroso de esta expedición, hubo sin embargo sus resultados científicos. La remesa desde Cubayá de material botánico, zoológico y muchos dibujos, al vicedónsul ruso en Río Killchen, fue incorporada luego a los Museos imperiales de Rusia.

REFERENCIAS

1. CASTELLANOS, JUAN DE. Elegías de Varones ilustres de Indias. Ed. Rivadeneira. Madrid.1847.
2. GÓMARA. LÓPEZ DE (VEDIA). Historiadores Primitivos de Indias. Madrid. 1852.
3. TIERRERA, ANTONIO DE. Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano. Madrid. 1725-1736.
4. LA CONDAMINE, C. M. DE. Relation abrégée d'un voyage faite dans l'intérieur de l'Amérique Meridionale. París 1745.
5. MELLO LETAO, C. DE. A Biología no Brasil. 331 p. Brasiliana, Serie V. Nº 99. Sao Paulo. 1937.
6. OVIEDO, GONZALO FERNÁNDEZ DE. Historia General y Natural de las Indias. Ed. Real Academia de la Historia. Madrid. 1851. (1ª edición, Sevilla. 1535).
7. PRESCOTT, W. H. History of the Conquest of Peru. Revised edition. 510 pp. London. 1847.
8. Relaciones del descubrimiento del Río de las Amazonas. Departamento de Extensión Cultural. Ministerio de Educación Nacional. Bogotá. 1941.
9. TAUNAY, A. DE. En Santa Catharina Colonial. Langsdorff (1803) Annaes do Museu Paulista 7: 687-729. 1936.